

Con los ojos de la fe, que tú me has abierto, te veo, oh buen Jesús, en medio del género humano, reunido en torno a ti para escuchar tus enseñanzas, diciendo a todos: *Venid a mí y aprended de mí.*

¡Oh, Hijo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, y también Hijo del hombre, que fuiste hecho como las demás cosas! ¿Qué es –te ruego– lo que quieres que yo aprenda de ti? ¿A ser manso y humilde de corazón?

Pero ¿tan gran cosa es hacerse pequeño, que si no viniese el ejemplo de ti, que eres tan grande, sería absolutamente imposible aprenderlo? Así es realmente, lo reconozco.

El alma no encontrará el reposo necesario mientras no desaparezca el tumor inquietante que la hacía creerse grande cuando a tus ojos aparecía enferma.

Que te escuchen, que vengan a ti y aprendan a ser mansos y humildes los que buscan tu misericordia y verdad, y empiecen a vivir para ti. Para ti, digo, y no para ellos.

Que preste atención también aquel pecador cansado y oprimido bajo su propio peso, que no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, y que, acercándose, aunque un poco de lejos, se golpeaba el pecho.

Que te oiga el centurión, que no se juzgaba digno de que tú entrases en su casa.

Que te escuche Zaqueo, prefecto de los publicanos, que restituía el cuádruplo de la ganancia injustamente percibida.

Que te oiga la pecadora de la ciudad, que lloró a tus pies con gemidos tanto más sinceros cuanto más en sus obras se había separado de tus caminos.

Que te oigan las mujeres malas y los publicanos, que precederán a los escribas y fariseos en el reino de los cielos.

Que te escuchen todos los enfermos, con quienes te sentabas, aunque vieses esto culpable aquellos sanos que se creían no necesitados de médico; siendo así que tú viniste a llamar no a los justos, sino a los pecadores a penitencia.

A todos éstos es cosa fácil, cuando verdaderamente se convierten, hacerse mansos y humildes en tu presencia, por el recuerdo de su mala vida y la consideración de tu infinita misericordia, porque *donde abundó el pecado, allí sobreabundó la gracia* (Rom. 5 20).

**La libertad no consiste
en hacer todo lo que se quiere,
sino en poder hacer todo lo que se debe hacer,
con paz y alegría de espíritu.**

Meditando con San Agustín Bienaventurados los mansos

Oye tú, que deseas ser manso, que quieres te sean menos duros los días malos, que amas la ley de Dios; a fin de no padecer turbación interior y disfrutar de mucha paz, dominando la tierra y deleitándote en la abundancia de la tranquilidad; escúchame, repito, tú que quieres ser manso.

1º La mansedumbre es resultado de la paciencia ante las adversidades.

Definamos ahora con palabras, si podemos, qué cosa sean los mansos. Manso es aquel que, en todas las obras santas y en todo lo que hace de bueno, procura agradar sólo a Dios, y que, aunque tenga que sufrir adversidades, no desagrada a Dios.

Muy importante es que seas manso, sobre todo en la adversidad.

¡Ea, hermano! Atente a esta regla, a esta norma, conformándote con ella y procurando obrar cada vez más perfectamente, hasta que te ajustes plenamente a ella.

En todo el bien que hagas, no busques tu propia complacencia; porque «*Dios resiste a los soberbios y da su gracia a los humildes*» (Sant. 4 6).

Por tanto, en todas tus buenas obras busca siempre el agrado de Dios; y en todo mal que padezcas, no te quejes contra Dios. Cúmplelo así, y vivirás.

«Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra». Cuando escuchas que se te promete como premio la posesión de la tierra, no dilates el seno de la avaricia, deseando poseer la tierra ahora; no te dejes engañar por ese pensamiento.

Tú quizá quisieras poseer la tierra; pero guárdate mucho de ser poseído de ella. Serás dueño de ella si eres manso, y serás de ella esclavo si eres impaciente. Serás dueño de la tierra cuando te halles perfectamente unido al que es dueño de la tierra y del cielo.

2º La mansedumbre implica sumisión a Dios.

¿Deseas que el Señor te conduzca por sus caminos? Sé manso, sé paciente; no seas cruel ni soberbio; no camines con la cabeza levantada y sacudiendo la melena, como el caballo y el mulo, que carecen de entendimiento.

En cuanto seas manso, en cuanto seas paciente, el Señor te ensillará y conducirá por sus caminos. El Señor prefiere las cabalgaduras mansas; sé, por tanto, cabalgadura del Señor; sé manso.

Cuando el Señor esté sobre ti y él te guíe, no tengas miedo de tropezar ni de caer. Tú eres débil, sí, pero piensa quién es el que va en la silla.

El caballo y el mulo alguna que otra vez levantan la cerviz, y con su fiereza dan en tierra con el jinete. Se doman con el freno, con el serillo y el látigo, hasta que se acostumbran a estar quietos y a llevar a su dueño.

Pero tú, antes de que tu boca se lastime con el freno, sé humilde y lleva animosamente a tu Señor. No andes buscando alabanzas para ti, sino que éstas sean para aquel que va sentado sobre ti.

3º Nuestro Señor quiere ser imitado especialmente en su mansedumbre.

Clama el Maestro de los ángeles, clama la Palabra de Dios, y dice: *Aprended de mí.*

¿Quién es el que dice: *Aprended de mí?* El que hizo la tierra, el que dividió los mares, el que creó todos los peces, el que puso los astros en el cielo, el que estableció el día y la noche, el que dio solidez al firmamento y separó la luz de las tinieblas, ése es el que dice: *Aprended de mí.*

¿Acaso quiere decirte que hagas las mismas maravillas que hizo él? Si eso quiere decirte, ¿quién podrá obedecerle? Esas cosas sólo Dios puede hacerlas.

«No temas, te dice, no trato de imponerte carga alguna: Aprende de mí lo que por ti me he hecho yo. Aprende de mí, no a formar las criaturas, que por mí fueron hechas. Ni siquiera te digo que aprendas lo que he concedido a algunos hacer, como resucitar muertos, dar vista a los ciegos, abrir los oídos a los sordos. No, no quiero que te preocupes de aprender esto de mí».

Volvían a él sus discípulos llenos de gozo, y diciendo: *En tu nombre nos están sujetos los demonios.* El Señor les respondió: *No os gocéis de que los espíritus os obedezcan, gozaos más bien de que vuestros nombres estén escritos en el cielo (Lc. 10 20).*

A quien quiso concedió la gracia de poder expulsar los demonios, y a quien quiso otorgó la gracia de resucitar muertos.

Estos milagros se verificaron también antes de la Encarnación del Señor, pues según leemos en el libro de los Reyes (II Rey. 4 5), también entonces fueron resucitados los muertos y fueron curados los leprosos.

¿Quién hizo entonces estos milagros sino el que más tarde fue Cristo hombre, después de David, y Cristo Dios, antes de Abraham? El fue quien concedió esta potestad; él fue quien lo hizo por medio de los hombres; no por medio de todos, sino por medio de algunos a quienes quiso concedérselo.

¿Creéis que tengan motivo para desesperar los que no hayan recibido esta gracia y para temer no pertenecer a él porque no la merecieron?

En el cuerpo hay muchos miembros, y cada uno de ellos tiene su función propia. Dios, que ordenó todos los miembros para formar un solo cuerpo, no concedió al oído la facultad de ver, ni a los ojos la de oír, ni puso el olfato en la frente, ni el gusto en la mano; no, no distribuyó así las funciones; en cambio, dio salud a todos los miembros, los ordenó, les dio unidad y los vivificó por el espíritu.

Así, a unos no otorgó el don de resucitar a los muertos, a otros negó el de enseñar, pero a todos dio una cosa. ¿Sabes cuál es? Escucha: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

Si, pues, le has oído decir: *Soy manso y humilde de corazón*, ahí tienes una verdadera panacea para ti; está contenida en estas palabras: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.*

4º Gran fruto de la mansedumbre: la humildad de corazón.

¿De qué te sirve el que hagas milagros, si eres soberbio en vez de manso y humilde de corazón?

¿Acaso no estarás comprendido en el número de los que, al llegar el fin del mundo, preguntarán: *Pues, ¿no hemos nosotros profetizado y hecho muchos milagros en tu nombre?* ¿Y qué respuesta recibirán? *Jamás os he conocido por míos; apartaos de mí, malvados (Mt. 7 22-23).*

Sé humilde y acércate a Cristo. Mira que extiende a ti sus manos y te dice: *Venid a mí todos los que estáis afligidos (Mt. 11 28).*

Tú clamas, riñes y haces ruido; y Cristo, por el contrario, te dice: «Acércate a mí, tú que padeces por causa de la soberbia, y encontrarás descanso en mi humildad. Aprende de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallarás el descanso apetecido de tu alma».

¿Por qué sufres sino porque no eres manso y humilde de corazón? Ante un Dios que se ha humillado, avergüénzate de ser soberbio.

Afectos y súplicas.

¡Oh buen Jesús, a quien el Padre ha dado todo cuanto tiene y a quien nadie sino el Padre conoce, como también sólo tú conoces al Padre! No nos dices: «Aprended de mí a fabricar el mundo o a resucitar a los muertos, sino aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón».

¡Oh, enseñanza saludable! ¡Oh, Maestro y Señor de los mortales, a quienes fue ofrecida y comunicada la muerte en la copa de la soberbia!

Tú no has querido enseñar más que aquello en que nos dabas ejemplo, ni mandar cosa que antes no hubieras practicado.